

comprometidos en los asuntos de la vida terrestre de la humanidad. Sea de orden intelectual o moral, científico y artístico o social y político, nuestra actividad, aun estando —si es recta— referida a Dios como fin último, pone su mira, como objeto determinante, en los bienes que no son la vida eterna, sino que se relacionan de manera general con las cosas del tiempo, con la obra de la civilización o de la cultura. Este es el plano del mundo.

...son claramente distintos...

Ambos planos de actividad son claramente distintos, como las cosas que son del César y las cosas que son de Dios. Claro es que el orden de la Redención, o de lo espiritual, o de las cosas que son de Dios, debe vivificar, hasta sus más íntimas profundidades, el orden de la civilización terrenal, o de lo temporal, o de las cosas que son del César; pero ambos órdenes permanecen netamente distintos.

...sin estar separados

Son distintos, no separados. Hacer abstracción del cristianismo, poner aparte a Dios y a Cristo cuando se trabaja en las cosas del mundo, escindir-se uno mismo en dos mitades: la una cristiana, para las cosas de la vida eterna; la otra pagana, para las cosas del tiempo, o cristiana rebajada, cristiana vergonzante o neutra, es decir, infinitamente débil, o idólatra de la nación o de la raza o del Estado, o de la prosperidad burguesa o de la revolución antiburguesa, o de la ciencia o del arte erigidos en fin último: tal desdoblamiento es demasiado frecuente en la práctica; hasta puede servir

ANEXO

ESTRUCTURA DE LA ACCION

I

En un reciente número de *Sept*, Etienne Gilson mostró perfectamente los tres planos distintos en que se distribuyen las actividades del cristiano. Querriamos insistir sobre esta cuestión, a causa de su gran importancia práctica.

El plano de lo espiritual y el de lo temporal

En un primer plano de actividad, el de lo espiritual en el más típico sentido de la palabra, actuamos como miembros del cuerpo místico de Cristo. Sea en el orden de la vida litúrgica y sacramental, del trabajo de las virtudes o de la contemplación, del apostolado o de las obras de misericordia, nuestra actividad apunta, como objeto determinante, a la vida eterna, a Dios y a las cosas de Dios, a la obra redentora de Cristo en nosotros y en los otros. Este es el plano propio de la Iglesia.

En un segundo plano de actividad, el de lo temporal, actuamos como miembros de la Ciudad terrenal,

para caracterizar cierta época de civilización cuyos comienzos se ilustraron con la filosofía política de Maquiavelo, con la reforma protestante (considerada en sus efectos culturales) y con el separatismo cartesiano. Pero en cuanto se adquiere conciencia de lo que en realidad representa, en cuanto se transporta la fórmula a la luz de la inteligencia, aparece como un absurdo propiamente mortal.

Hagáis lo que hagáis, dice San Pablo, hacedlo en el nombre de Cristo y en la virtud de Cristo. Si la gracia nos regenera, si hace de cada uno de nosotros un "hombre nuevo", ¿es acaso para que pactemos con el "hombre viejo" que en lo temporal servirá a Mammon con tranquilidad de conciencia, fortificado o exasperado por los consuelos o las decepciones que dispensa una sociedad civil completamente desligada de la ley evangélica, mientras por lo demás, en el cumplimiento de nuestros deberes religiosos, servimos a Dios con la conciencia en paz, consolados por las promesas de la Iglesia y las dulzuras de la religión? En realidad, la justicia evangélica y la vida de Cristo en nosotros quieren todo en nosotros, quieren apoderarse de todo, impregnar todo lo que somos y lo que hacemos, en lo profano como en lo sagrado. La acción es una epifanía del ser. Si la gracia se apodera de nosotros y nos rehace por el fondo del ser, es para que toda nuestra acción la sienta y sea por ella iluminada.

El plano temporal subordinado al plano espiritual

¿Qué quiere decir esto? Se trata de dos planos diferentes, dos objetos diferentes, uno espiritual y otro temporal. Son distintos, pero el uno está subordinado al otro; lo temporal quiere, en sí, vivificarse por lo espiritual; el bien común de la civilización requiere por sí el referirse al bien común de la vida eterna, que es

Dios mismo. En uno y otro plano, sólo ejecutaré bien mi trabajo con la competencia y las armas requeridas por el objeto propuesto; mas, aún allá donde actúe como miembro de otra ciudad que no sea la Iglesia de Cristo, la verdad y la vida cristiana deben penetrar el interior de mi actividad y ser alma vivificante y rectora de todo el material de conocimientos y de medios de realización que yo ponga en acción; tanto si el objeto de mi trabajo (plantar una viña o construir una casa) depende de una técnica independiente en sí de la fe cristiana, como si, por grande que sea la parte de técnica que implique, pertenece al orden ético (ejemplo, las cosas del dominio social y político), dependiendo desde entonces intrínsecamente de principios superiores que le asignen desde arriba la fe cristiana y la sabiduría cristiana.

Una distinción necesaria...

Si me dirijo a los hombres para hablarles y actuar entre ellos, en el primer plano de actividad, el espiritual, aparezco ante ellos *en cuanto cristiano* y, por lo tanto, implico a la Iglesia de Cristo; en el segundo plano, en el temporal, no actúo *en cuanto cristiano*, pero debo actuar *en cristiano*, comprometiéndome a mí mismo, no a la Iglesia, pero comprometiéndome enteramente yo, no amputado o desanimado; comprometiéndome yo que soy cristiano, que estoy en el mundo y trabajo en el mundo sin ser del mundo; que por mi fe, mi bautismo y mi confirmación, por pequeño que sea, tengo vocación de infundir al mundo, allá donde me encuentre, una savia cristiana.

que nos permite juzgar más exactamente el alcance de nuestras acciones

Tengamos la paciencia de detenernos un momento y de fijar nuestra atención en el sentido y el alcance de estas dos locuciones: actuar *en cristiano* y actuar *en cuanto cristiano*. Así ganaremos útiles esclarecimientos.

Comprenderemos el error de ciertos apologistas de la política (de una seudopolítica *separada*) que, temblando por la naturaleza, la razón y la patria, y aun por la santa Iglesia, se imaginan que los cristianos que quieren obrar *en cristianos* en el mundo precipitan a éste súbitamente en los negros peligros de un *sobrenaturatismo* catastrófico y al mismo tiempo se arrogan misión propia de la Iglesia. Tales autores no deben distinguir "obrar *en cristiano*" y "obrar *en cuanto cristiano*" e implican a la Iglesia. Y desde entonces, su lógica se reduce a pedir que cuando el cristiano actúa en el plano temporal no obre en cristiano. Pero ¿qué hará allí, si no obra en cristiano? Será simple ganado, material humano utilizado por las fuerzas y los intereses del mundo.

Comprenderemos asimismo el error opuesto, de ciertos mal aconsejados apologistas de la religión, dispuestos fácilmente a pensar que la piedad y la defensa de los intereses religiosos bastan y que para saldar nuestros deberes con la ciudad terrenal y el orden temporal es suficiente satisfacer a lo que requiere de nosotros el orden espiritual, falsamente tenido por *separado*. Mas esto no es cierto. Aún a los religiosos que han abandonado el mundo se les pide que abran su corazón a toda la miseria y la angustia del mundo y la acojan en ellos para aplicarle la sangre de Cristo; y así, por un camino enteramente espiritual, se cuidan aún

de lo temporal y actúan sobre ello. Y nosotros que estamos en el mundo, debemos no sólo obrar en cristianos y en cuanto cristianos, en cuanto miembros vivos de Cristo, en el plano de lo espiritual; debemos aún obrar como cristianos, como miembros vivos de Cristo, en el plano temporal. Si no lo hacemos, la debilidad o la abstención de las energías cristianas en ese orden darán por resultado el abandono del mundo a otras energías que no trabajan por su bien.

El tercer plano de actividad

Pero este análisis no ha terminado. Hay todavía para el cristiano un tercer plano de actividad que aparece como intermedio entre los otros dos. Pertenece en verdad al mismo orden que el primero y no representa más que un aspecto particular o una función particular de tal orden: no se diferencia del primer plano más que por una distinción "accidental", no referente a la esencia de la actividad desarrollada, sino a sus puntos de aplicación. Este plano intermedio es el mismo de lo espiritual, como inclinado hacia lo temporal y buscando su convergencia; es el plano de lo espiritual considerado en su conexión con lo temporal.

Por lo mismo, en efecto, que el orden espiritual es superior al temporal y está al mismo tiempo ligado vitalmente a éste, existe en lo temporal:

1.º Respecto a lo temporal mismo, una zona de verdades conexas a las verdades reveladas cuyo depósito tiene la Iglesia, que dirigen desde lo alto el pensamiento y la actividad temporales del cristiano; así es como las Encíclicas de León XIII y de Pío XI han elaborado los principios de una sapiencia cristiana política, social económica, que no desciende hasta las determinaciones particulares de lo concreto, pero es

como un firmamento teológico para las doctrinas y las actividades más particulares empeñadas en las contingencias de lo temporal:

2.º Respecto al orden espiritual, una zona de cuestiones que por sí mismas (las cuestiones "mixtas", tocantes por ejemplo al matrimonio, a la educación, etc.), o en virtud de circunstancias de hecho incluyen una relación con ese orden: aun refiriéndose a la ciudad terrenal, se refieren también, directa o indirectamente, al bien de las almas y a la vida eterna; el cristiano, como miembro del cuerpo místico, tiene que considerarlas primero y ante todo, no según su interés para el orden temporal y el bien de la ciudad terrenal (que también sufre detrimento en sí mismo si los bienes superiores son atacados), sino según interesen a los bienes supratemporales de la persona humana y al bien común de la Iglesia de Cristo.

He aquí, pues, un plan de actividad en el cual el cristiano tiene aún por objeto la vida eterna y el orden de las cosas divinas, sea pidiendo la salvaguardia de bienes propios de lo espiritual en el orden temporal, sea dando desde arriba las reglas supremas de que depende el bien del propio orden temporal. Es el plano de lo *espiritual* que podríamos decir *convergente con lo temporal*.

En este tercer plano, el cristiano actúa en cuanto cristiano y, por ello, implica a la Iglesia

En este tercer plano, como en el primero, obra el cristiano apareciendo ante los hombres en cuanto cristiano e implicando por ello a la Iglesia. Esto esclarece por qué la Iglesia insiste tanto en la independencia que nuestra acción debe guardar en tales casos respecto a las actividades temporales que se despliegan en el se-

gundo plano y en las cuales debemos participar nosotros mismos (no ya *en cuanto* cristianos, sino *en cristianos*).

En este último plano, como en el primero, los seculares son llamados por la *acción católica* a colaborar en el apostolado de la Iglesia docente. En este tercer plano se ejerce una acción cívica católica (en el sentido estricto de la expresión) cuando se interviene en las cosas políticas para defender allí los intereses religiosos y en la medida estricta exigida por tal defensa; lo que ciertamente no es igual que trabajar en una obra propiamente política, dirigida por una determinada concepción del bien común temporal que hay que procurar. Para "hacer" convenientemente "política" hay que saber discernir las realidades políticas, tener una idea concreta de los medios de asegurar el bien común de la ciudad terrenal. Para defender los intereses religiosos implicados en lo temporal, basta saber discernir tales intereses religiosos.

Lugar de la acción católica

Toda la labor de la acción católica se realiza en el primero y en el tercer plano. Si, por la enseñanza que dispensa y la formación que procura, *prepara* a los seculares a actuar *en cristianos*, a participar en las luchas de lo temporal y a hacerlo como cristianos, a asumir *en cristianos* el trabajo social y político para el cual se juzgan llamados, se guarda bien, con el mayor cuidado, de proyectar por sí la más mínima sombra en el segundo plano. Y no sólo porque la Iglesia no quiera hallarse enfeudada a las cosas temporales; sino también porque, respecto al trabajo propio del segundo plano, frente a una obra que debe descender hasta las últimas realizaciones contingentes requeridas por

el servicio del bien común temporal, encuentra pronto sus límites la competencia de una actividad de orden enteramente espiritual.

Sin duda, son bastante áridas todas estas precisiones, mas son elementales y no pueden sin daño ser desconocidas. Por ello había que insistir ante todo. En un próximo artículo trataremos de mostrar algunas aplicaciones importantes de los principios así establecidos, especialmente en lo referente al problema de la prensa católica.

II

Los tres planos de actividad del cristiano

Como hemos tratado de explicar en nuestro precedente artículo, la actividad del católico se distribuye en tres planos: el de lo espiritual, el de lo temporal y el —intermedio— de lo espiritual en conexión con lo temporal. En el plano temporal, obra como miembro de la ciudad terrena y debe hacerlo en católico. En el plano de lo espiritual (espiritual puro o espiritual convergente con lo temporal) obra como miembro de la Iglesia de Cristo e implica a la Iglesia al presentarse ante sus hermanos *en cuanto católico*.

Dos consecuencias derivan inmediatamente de estos principios.

Las tres clases de actividad son necesarias

Primera consecuencia: Las tres clases de actividad así *situadas* y definidas son necesarias, cada una en su plano. No pueden suplirse unas a otras.

Entiéndase bien, no se imponen a *cada persona individual* más que según la condición de ésta. Particularmente, en el plano de lo temporal, de las actividades sociales y políticas, se concibe que, para éste o el otro, la actividad estrictamente política pueda reducirse a votar el día de las elecciones conforme a la idea que en conciencia se forme del bien común temporal; se concibe que, para muchos, una actividad de orden simplemente social o cívico o educativo pueda satisfacer a lo requerido de ellos en el orden temporal.

Resulta que ante el *conjunto, colectivamente considerado*, de la población de un país, se requiere normalmente una actividad temporal completa, tanto política como social y cívica de los católicos actuando *en católicos*. Y aun pensamos que, desde este punto de vista, la carencia de formaciones propiamente políticas, de inspiración auténticamente cristiana, pero especificadas por una cierta concepción del bien común temporal, se deja sentir hoy cruelmente en todas partes.

Unión en el terreno de la acción católica

Segunda consecuencia: En el tercer plano, el de lo espiritual convergente con lo temporal, campo de la acción católica y de la acción cívica para defensa de los valores propios de la ciudad de Dios implicados en lo temporal, la *unión* debe ser, evidentemente, la consigna; claro es que sólo la unión de los católicos puede dar fuerza suficiente para establecer entre ellos una red de obras culturales que sean como los esbozos de una cristiandad virtual y para hacer respetar los intereses religiosos por la legislación civil, puesto que se trata meramente de incidencias de lo espiritual en lo temporal y de intereses auténticamente religiosos, tal como son determinados *hic et nunc* por la Santa Sede y por el Episcopado, no por el juicio particular de una

personalidad cualquiera o de un partido cualquiera usurpando la misión de hablar en nombre de la Iglesia y creyendo a veces entender mejor que ella sus intereses. No podría disimularse que mientras la educación de las masas católicas no esté más avanzada en este terreno, mientras no aprendan a distinguir mejor lo religioso y lo social-temporal, de los intereses, prejuicios y pasiones de orden sociológico, la unión de los católicos en el plano de lo espiritual conexo con lo temporal y de la acción cívica, por necesaria que sea, planteará problemas delicados.

Diversidad en el plano de lo temporal

No la unión, sino la *diversidad* es de rigor en el segundo plano, el de lo temporal. Cuando el objetivo es la vida terrena de los hombres, cuando nos referimos a bienes terrenos, a intereses terrestres, a tal o cual ideal del bien común terrenal y a las vías y medios de realizarlo, es normal romper quella unanimidad cuya raíz es de orden supratemporal; es normal que en la ciudad se encuentren divididos cristianos, que comulgan en el mismo templo. Sería contrario a la naturaleza de las cosas —y por ello bien peligroso— reclamar en este plano una unión de los católicos que *en él* sólo podría ser artificial y obtenida por materialización política de las energías religiosas (lo que se ha visto demasiado frecuentemente con "partidos católicos" como el *Centrum* alemán) o por debilitamiento de las energías sociales y políticas del cristiano, una especie de huída a los principios generales.

El problema de la prensa católica

Insistir a tiempo y a destiempo sobre distinciones de especie que la vida práctica tiene siempre tendencia a embrollar, es oficio del filósofo. Pero en ello mismo se hace útil, por su parte, en el orden propio de la vida práctica y de la acción. Pues tales distinciones y especificaciones no se olvidan o desconocen impunemente. Las que acabamos de indicar se han hecho tanto más necesarias, y exigen tanto más rigurosamente ser respetadas, cuanto más complejas y más diferenciadas se han hecho las condiciones de existencia del cristiano en la ciudad. Hallamos un ejemplo notable, particularmente, en el problema de la prensa católica.

Es un hecho, no peculiar de Francia, que la prensa católica actualmente existente suscita no pocas quejas y cuanto más indispensable aparece su existencia, tanto más considerables son las dificultades que encuentra para cumplir su tarea. Por extraña paradoja, comprobamos, por una parte, la insistencia de las más altas autoridades de la Iglesia en señalar la importancia de las obras de prensa; por otra parte, la escasa eficiencia —al menos en el orden de la cultura y de las actividades profanas— de lo que (con la mejor voluntad del mundo y con todas las capacidades profesionales requeridas) parece posible realizar en este campo.

¿Por qué es esto así? Ante todo, porque han sido desdeñadas ciertas leyes elementales que condicionan la verdad de nuestra acción; el tipo de acción adecuado al segundo plano (puramente temporal) y el tipo de acción propio del tercer plano (espiritual conexo con lo temporal) han sido casi constantemente embrollados en la práctica.

Un periódico de denominación católica se mantiene en el plano espiritual por lo mismo que se da por *específicamente católico* y se dirige a los católicos como

tales. Por ser periódico y por serle indispensable el contacto con la actualidad, si no adopta ciertas medidas rigurosas, hasta ahora demasiado menospreciadas, está en riesgo de ser arrastrado al plano temporal y de juzgar sobre *el acaecimiento temporal como tal*.

De ahí dos inconvenientes mayores, entre los cuales hemos de optar y que frecuentemente van juntos: 1.º) o bien se van a comprometer el catolicismo y la Iglesia en las querellas políticas y sociales, haciendo confundir la religión con tal o cual proyección sociológica de ésta, ligándola a tal o cual interés de partido o de clase, como cuando se ha vinculado, en un momento dado, el catolicismo francés a una determinada posición respecto al asunto Dreyfus; 2.º) o bien, para evitar en cierto modo este primer inconveniente, sin renunciar explícitamente a pronunciarse sobre lo temporal como tal, se resiste a comprometerse en el terreno temporal propiamente dicho, esforzándose por quedar en el espiritual. Y entonces, como para ser conducidas eficazmente a su término, las cosas temporales requieren tratamiento en su propio terreno, con las opciones particulares y la competencia y los medios que ellos suponen, inevitablemente se debilita la posición respectiva; y como al mismo tiempo se hace creer al lector que se le provee de todo lo necesario para juzgar tales cosas y dirigir su propia actividad con referencia a ella, se provocan en este, en momentos de crisis, graves y legítimas decepciones.

Hablar como un católico que adopta una posición temporal y hablar en nombre del catolicismo, son dos cosas bien diferentes.

Denunciemos, pues, el equívoco contenido en una fórmula como ésta que no es raro encontrar: "Quere-

mos juzgar desde el punto de vista católico todas las cuestiones temporales, políticas o económicas, nacionales o internacionales, artísticas o científicas". Para no ser ilusoria, esta fórmula habría de desdoblarse: pues hay un juicio *del catolicismo* sobre estas cuestiones, pero este juicio versa únicamente sobre ciertos principios muy elevados de los que dependen o sobre ciertos valores espirituales implicados en ellas; y no podría aconsejar si conviene sostener o combatir la política triguera de M. Flandin o la política exterior de M. Laval. Y hay un juicio que *yo, católico*, formo sobre estas cuestiones, sobre las que conviene que adopte un criterio, si me entrego a la acción política, esclareciendo con las luces de mi conciencia católica mis conocimientos y mis pasiones de hombre metido en los negocios del mundo; pero sería intolerable que sobre ello pretendiera yo hablar en nombre del catolicismo o arrastrar a mi camino a los católicos como tales.

Comprendámoslo bien; tal distinción debe hacerse, y no sólo porque la Iglesia no quiera quedar enfeudada ni comprometida en las cosas temporales; sino también porque hay aquí en juego diferenciaciones ligadas a la naturaleza de las cosas, que precisamente explican esa voluntad de la Iglesia. Y porque, en definitiva, la honradez y la integridad de la acción —de la acción espiritual en el plano espiritual, de la acción temporal en el plano temporal— padecen del desconocimiento de aquellas diferenciaciones.

Dos tipos esencialmente diversos de periódicos

¿Hay, pues, que abandonarlo todo? ¿Hay que renunciar aún a la idea de una prensa católica, o pensar que la única prensa católica aceptable sean las Semanas religiosas y los Boletines dioceanos, y aun sólo en su parte oficial?

No pensamos así, pero creemos que es urgente adquirir conciencia del problema y resolverlo distinguiendo dos tipos esencialmente diversos de periódicos: unos específicamente católicos y religiosos, católicos —por consecuencia— *de denominación*; otros específicamente políticos o "culturales", que es preciso, en verdad, deseárselos católicos, pero católicos *de inspiración*, no de denominación.

Periódicos específicamente católicos

Los del primer tipo se mantienen sobre el terreno de la acción católica. ¿Cómo concebirlos? En nuestra opinión, deberían comprender dos partes clara y explícitamente distintas: una, llamada de *acción católica*, en la que se expondría la doctrina común de la Iglesia y sólo ella, en sus valores especulativos y además —y principalmente— en sus valores prácticos, referentes a la dirección de la vida humana y las incidencias de lo espiritual en lo temporal; y otra parte llamada de *informaciones*, en la cual y sólo en la cual serían abordadas las cuestiones de orden propiamente cultural y temporal. ¿De qué manera? De manera que escape a los inconvenientes antes señalados y manifieste, pues, todo lo posible, en lugar de ocultarla, la diversidad de posiciones natural en este orden. En esa parte de *informaciones*, bajo forma de revista de prensa, de "enquetes", de correspondencias, de "tribuna libre", etc., habría de ponerse al lector en presencia de toda la extensión de las posiciones adoptadas por los hombres de nuestra época, especialmente por los católicos, en el dominio propiamente temporal, en el de las actividades políticas y sociales, nacionales e internacionales, así como en el de las actividades estéticas y literarias, pictóricas o musicales, o científicas de la hora actual.

Para velar por la objetividad rigurosa de esta parte de *informaciones* para eliminar estrictamente de ella toda inspiración más o menos tendenciosa, así como para guardarla perfectamente distinta de la parte *de acción católica*, sería precisa —no lo disimulo— una vigilancia en cierto modo heroica. Pero un periodista cristiano es capaz de ella, en verdad.

Y no se diga que un diario así compuesto no encontraría lectores. Estoy persuadido de que gran número de espíritus hoy en día se regocijarían, por el contrario, de hallar un tipo de periódico católico que pudiera, por una parte, darles la formación doctrinal católica de la cual sienten necesidad, explicarles y comentarles las encíclicas pontificias y los actos pontificios, hacerles conocer las grandes síntesis de la sabiduría cristiana, política y social; y, por otra parte, ofrecerles una información exacta y objetiva sobre todos los aspectos de los problemas temporales de la época, permitiéndoles escapar así a la atmósfera envenenada de mentiras de que son responsables las excitaciones de los partidos.

Periódicos específicamente "temporales" y católicos de inspiración

Los periódicos del segundo tipo se mantienen sobre el terreno temporal, lo cual supone haber tomado posiciones concretas y determinadas acerca de las cuestiones de este orden, haber adoptado una filosofía política y social y también una línea concreta política y social bien caracterizada; no sólo en función de los intereses religiosos o del bien de la Iglesia, sino en función del bien temporal y terrestre de la ciudad y de la civilización.

Por ello mismo, es evidente que no comprometen a la Iglesia —ni siquiera cuando, como es deseable, to-

man su inspiración, de la manera más explícita y más intrépida, en la sabiduría cristiana— y no dependen de otra iniciativa que la de las personas particulares o los grupos que los han fundado.

Sin duda, mientras su inspiración es verdadera e íntegramente cristiana, dan testimonio del Evangelio y sirven de manera eficaz a la penetración del cristianismo en el mundo y en la vida. Pero el fin propio y directo al que apuntan no es el apostolado, es una obra temporal que cumplir, una verdad temporal que servir, un bien terrenal que asegurar.

Y las observaciones propuestas nos hacen comprender que las posiciones temporales así defendidas son normalmente diversas y aun contrarias. Es normal que los católicos formen en el plano temporal grupos diferentes y aun opuestos unos a otros; lo que se les pide es tan sólo que guarden en la diversidad y en las oposiciones las normas de verdad, de lealtad, de justicia y de caridad a las que deben conformar sus acciones, no sólo frente a quienes comparten su fe, sino frente a todo hombre.

Hay que escoger una u otra fórmula

Este segundo tipo de periódicos, esta prensa formalmente colocada en el plano temporal —y cristiana de inspiración, no de denominación— parece responder a una necesidad vital.

El primer tipo de periódicos, al cual responde una prensa formal y específicamente religiosa, una prensa de acción católica general o especializada, no es menos necesario.

Uno y otro están ya representados en Francia y en el extranjero por gran número de periódicos y de revistas. Lo que he querido plantear aquí es el problema de su diferenciación. Importa mucho, según creo, que

ésta se señale cada día más neta y explícita. Estoy persuadido de que los cristianos que acometan la fundación o la dirección de periódicos deberán comenzar por optar entre una y otra fórmula; sería muy perjudicial intentar una fusión o una hibridación de ambas: porque las esencias piden ser respetadas.

(Sep. 12 y 16 de Abril de 1935.)